

- Duque, E. (2006). *Aprendiendo para el amor o para la violencia*. Santiago de Chile: Ediciones de las Mujeres N° 24, Isis Internacional.
- Gómez, J. (2004). *El amor en la sociedad del riesgo*. Barcelona: El Roure.
- McDaniel, A. (2005). "Young Women's Dating Behavior: Why Not Date a Nice Guy? Sex Roles", *A Journal of Research*, 53, (5-6), pp. 347-359.
- Padrós, M. (2012). "Modelos de Atractivo Masculinos en la Adolescencia" *Masculinities and Social Change*, 1(2), 1 pp. 65-183.
- Valls, R., Duque, E., y Puigvert, L. (2008). "Gender Violence amongst teenagers: socialization and prevention". *Violence against women*, 14 (7), 759-785.

CAPÍTULO 11

Ejercer de hombres: masculinidad, invisibilidad y vulnerabilidad

JUAN BLANCO LÓPEZ¹
GUADALUPE CORDERO MARTÍN²
JOSÉ MARÍA VALCUENDE DEL RÍO³

1. INTRODUCCIÓN

Si bien es cierto que la masculinidad se ha analizado fundamentalmente como un modelo de opresión sobre las mujeres o los hombres que no se adecuan a los cánones de género ni a la realidad heteronormativa, son menos habituales las investigaciones que plantean el modelo de masculinidad como un mecanismo de opresión para los hombres que se adecúan al propio modelo (Valcuende, Blanco, 2003, 2015). Como plantea Guasch, (2006) pocas veces enfocamos la mirada a los varones como sujetos contruidos a partir de unas determinadas relaciones de género, con la intención de analizar los procesos, las prácticas y las estrategias de intervención que se ponen en marcha cuando un hombre entra, en

¹ Profesor del Departamento de Trabajo Social y Servicios Universidad Pablo de Olavide (España). Miembro del Grupo de Investigación GISAP (Grupo de Investigación Social y Acción Participativa). Doctor en Desigualdades e Intervención Social, por la Universidad Pablo de Olavide por su Tesis Doctoral. Diplomado en Trabajo Social y licenciado en Antropología Social y Cultural por la Universidad Pablo de Olavide.

² Profesora Titular del Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad Pablo de Olavide. Miembro del Grupo de Investigación Social y Acción Participativa.

³ Doctor en Antropología Social y Cultural y profesor titular del Área de Antropología Social del Departamento de Antropología Social, Psicología Básica y Salud Pública de la Universidad Pablo de Olavide (Sevilla/España).

calidad de usuario, en el campo de la intervención social, poniendo en relación los conceptos de masculinidad e intervención.

Este es precisamente el doble objetivo de este texto. Por un lado, analizar cómo seguir los dictados de la masculinidad se convierte en un factor de riesgo. Lo es para los jóvenes varones que tiene que demostrar constantemente su masculinidad (Pescador, 2004), y lo es para aquellos que por razones diversas han experimentado procesos de exclusión (Blanco, 2006). Por otro lado, nos aproximaremos a las dificultades de la intervención con un colectivo, que tiene en la autosuficiencia, un elemento central de reivindicación de su identidad.

El trabajo que presentamos ha utilizado dos técnicas fundamentales que componen la metodología: la etnografía y los relatos de vida. La etnografía se realizó durante dos años consecutivos (2010-2012) en diferentes ámbitos urbanos del casco histórico de la ciudad de Sevilla, unos espacios en los que los hombres sin hogar se hacen especialmente presentes. El contacto cotidiano con estos hombres nos permitió conocer su situación y los procesos de interacción que se desarrollan en estos contextos. Pero no sólo nos interesó analizar las prácticas que son consecuencia también de determinadas formas de entender la masculinidad, también nos interesaron los discursos, la visión de aquellos que por razones diversas habían llegado a la calle. Para ello fuimos tomando notas de las múltiples conversaciones en profundidad que mantuvimos con ellos durante ese tiempo, y de esta forma fuimos tejiendo relatos de vida. Las situaciones con las que nos encontramos no hicieron posible realizar entrevistas en sentido estricto, ya que ni tienen una estructura fija, ni la duración necesaria y, por supuesto, no fueron grabadas, por lo que tampoco podemos considerarlas en el sentido literal, historias de vida (Del Rio, Valcuende, 2007), aunque tampoco son meras "entrevistas causales" (Velasco, Díaz; 2009). Estas conversaciones en profundidad nos han permitido acercarnos a los sujetos sin la presión del grupo.

Fruto de este trabajo previo seleccionamos posteriormente a uno de los informantes (SH), con el que mantuvimos un contacto más frecuente, y que consideramos especialmente representativo de los procesos a partir de los cuales los hombres terminan en la calle. Para ello fuimos elaborando un relato de vida más sistematizado, lo que nos permitió

tal y como señala Pujadas (1992) ir más allá de los procesos macros, poner rostros a los procesos sociales y encarnar la significación de un modelo de masculinidad, que lejos de las lecturas dominantes, genera también exclusión de los dominadores dominados. Esta metodología nos permitiría confrontar "el deber ser" de la masculinidad con la dura realidad cotidiana de unos hombres que, en muchos casos, no son conscientes de las razones que les ha llevado a esta situación de exclusión y menos aún que el seguir el modelo dominante de la masculinidad está en la base de este proceso.

2. LOS HOMBRES EN LA INTERVENCIÓN

Los hombres, en tanto que sujetos generizados, se encuentran, paradójicamente, invisibilizados por un "modelo de intervención" que les excluye, precisamente por asociar al individuo, entendido en clave masculina, con el ciudadano de pleno derecho (Mosse, 2000). En la modernidad lo masculino subsume todas las categorías (Sabuco, Valcuende, 2003). Ahora bien, si tal y como nos proponían Sabuco y Valcuende, la masculinidad incluye a todas las categorías desde la exclusión, también la masculinidad puede convertirse en causa de exclusión, de los hombres que interiorizan el modelo dominante, que no sólo establece los cánones a seguir por los varones que aspiran al éxito social, sino que además se convierte en el modelo a partir del que se jerarquizan otras corporalidades sexuadas y racializadas (Valcuende, Vázquez, 2016).

Actualmente en nuestro mundo globalizado, en estos tiempos líquidos en términos de Bauman (2007), las identidades colectivas son cada día más tenues, por lo que la masculinidad se convierte en uno de los escasos referentes fuertes. Cuando no queda nada, tal y como le sucede a nuestro informante, el ser hombre aparece como el último resquicio identitario al que poder aferrarse, que le permite formar parte de lo que Bauman (2007) definiera como comunidad soñada. Una comunidad ideal, que probablemente nunca existió, pero de la que emana una sensación de seguridad y confort cálido, de pertenencia. De tal forma que se nos presentan como válidos y efectivos para ser y conseguir el éxito, los mismos elementos que criticamos del modelo de

masculinidad hegemónica que ha venido desarrollándose en nuestro mundo contemporáneo. Eficaces para alcanzar el éxito y el sentido de pertenencia, pero que, si los trasladamos a la vida cotidiana, al mundo de las relaciones personales, de los sentimientos y de los afectos, serán, como sostenemos en este trabajo, escasamente eficientes, ya que los costes y riesgos que suponen para la vida cotidiana de muchos hombres son mayores que las ventajas prometidas.

Si en la lógica de la Intervención Social se protege a aquellos colectivos que sufren algún tipo de discriminación o necesidad, los hombres, la masculinidad hegemónica es, en último término, el espejo a partir del cual podemos averiguar lo que "le falta" al resto de grupos sociales para formar parte de la normatividad. De esta forma los procesos de intervención lejos de cuestionar los valores dominantes, contribuyen, en la práctica, a reafirmar el modelo y el cuerpo masculino como el continente donde se guarecen los valores, aptitudes y actitudes a los que el resto debe aspirar (Mosse, 2000).

Tabla 1

Colectivos "a proteger"	Características del sujeto que no necesita protección.
Menores	Persona entre 18 y 65 años, sin discapacidad, con empleo, euro-occidental, heterosexual y de sexo masculino.
Mayores	
Personas con discapacidad	
Personas en desempleadas	
Minorías étnicas	
Minorías sexuales	
Mujeres	

Fuente: Elaboración propia (Blanco, 2012).

Como podemos observar en los sujetos de intervención nos encontramos con un amplio sector no considerado "problemático", un sector invisibilizado, en cuanto paradigma de la normalidad, en cuanto que la masculinidad no es considerada como causa de exclusión. Pese a ello no deja de ser sintomático que la mayor parte de las personas sin hogar

sean precisamente hombres⁴. Y este fenómeno no puede ser explicado desde "la excepcionalidad" o desde "la desviación". La violencia que ejerce el modelo de masculinidad hegemónico es experimentada también por los que podríamos denominar "dominantes dominados". Esto nos debe llevar a pensar nuevamente como la exclusión surge precisamente de la normalidad (Valcuende, 2004) y a la necesidad precisamente de contemplar lo normativo no sólo a la hora de entender la exclusión en los procesos de intervención sino también en las formas de intervenir con aquellos que no saben o no pueden pedir ayuda; de aquellos que no son visibilizados porque les enseñaron a que su visibilidad dependía únicamente de la forma social de un cuerpo que representa aparentemente todos los privilegios. La normativización de lo que se ha venido en denominar como masculinidad tóxica (Synai, 2006) impide a los hombres, que experimentan procesos de exclusión, visibilizar las causas. Ellos no entienden que ha sucedido para encontrarse en esa situación de exclusión, personal o social, ya que han cumplido con el mandato y con las practicas que la sociedad les impuso en tanto que hombres. Unas prácticas que prometían un éxito y unas competencias de las que han quedado paradójicamente excluidos.

3. LA CALLE

Los hombres que llegan a vivir en la calle "contagian" los espacios que ocupan, que se transmutan en términos de Augé (1993) en "no lugares", en espacios inexistentes para la gente "normal", como pudimos comprobar en nuestras visitas a las plazas y calles de Sevilla, en las que una línea invisible pero claramente tangible, separaba los espacios ocupados por estas personas de aquellos que disfrutaban una ciudadanía de pleno derecho. Al tiempo que comprobamos cómo compartir el tiempo

⁴ Según el Instituto Nacional de Estadística en su última encuesta publicada, coincidente con el tiempo en el que se realizó el trabajo de campo (2012), de las 22.938 personas que se encontraban en situación de sin-hogarismo en España, 4.513 eran mujeres frente a 18.425 varones. Estos datos se corroboran con los que se obtuvieron en nuestra investigación durante ese periodo en el centro histórico de Sevilla, en la que se contabilizaron 26 Mujeres frente a 172 hombres.

y el espacio entre estos hombres no implicaba que tejieran, al menos aparentemente, una relación de intimidad o de solidaridad.

Conviene que, por un momento, nos aproximemos a la Plaza Aceituneros, situada en el barrio de Triana en Sevilla. La plaza era utilizada por dos hombres durante todo el día. Aparcaban coches. Uno de ellos, sevillano, de una edad que podía rondar entre los 55 y los 60 años, parecía aparentemente integrado en la cotidianeidad de la plaza y el barrio. El segundo, del que no sabemos su origen, era algo más joven y bastante más esquivo. Estos dos hombres apenas se hablaban, sus relaciones parecían meramente casuales. Si no observabas detenidamente y durante varios días, se podía pensar que apenas se conocían. Ellos utilizaban habitualmente la mitad de la plaza poco frecuentada, ya que la parte próxima al parque infantil, estaba “reservada” para la gente “común”.

La separación era tan clara que cuando la gente del barrio se acercaba a este espacio urbano, incluso cuando no venían acompañados por niños o niñas, ignoraban todos los bancos que rodeaban la mitad de la plaza. Preferían sentarse en la valla que delimitaba el parque infantil antes que ocupar los bancos. La única razón aparente, según comprobamos durante las diversas visitas, eran que los utilizaban normalmente los dos hombres sin-hogar y los que “contagiaban” de su exclusión. Solo algunos gitanos rumanos o jóvenes con claros síntomas de haber tomado algún tipo de sustancia tóxica, y que por sus ropas y actitudes parecían continuar una fiesta comenzada, al menos, el día anterior, rompieron la norma.

En la práctica, la plaza “pública” real y apta para el uso, era la ocupada por el parque infantil y el perímetro de no más de un par de metros alrededor. La otra mitad era una zona contaminada por aquellas personas que no tienen espacio propio. Dos áreas simbólica y prácticamente vedadas para unas personas u otras. Los territorios destinados a la exclusión y la inclusión estaban perfectamente identificados, de tal forma que incluso en ausencia de personas sin hogar, sus espacios no suelen ser utilizados como podemos observar en las plazas de Aceituneros, Chapina o Zurraque en Triana⁵.

⁵ En otros casos la ocupación del espacio se producía de manera distinta. En la Plaza del Pumarejo, en el Barrio de San Luis, la ocupación de la plaza por personas ex-

La relación que mantenían estos dos hombres nos puede ayudar a entender cómo se organizan estas relaciones masculinas, marcadas por el sistema de sexo-género, y en las cuales “pocas veces se incorpora la intimidad, ya que ésta es una forma de transparencia carente de disimulo, que no pueden permitirse si pretenden vivir el mito heroico que la sociedad les ofrece” (Guasch, 2006: 18). Su aparente trato ocultaba una relación que era bastante menos ocasional de lo que a simple vista podría observarse, ya que no solo compartían el mismo espacio durante buena parte del día, sino que también coincidían en la utilización del comedor social y lo que resultaba más llamativo: dormían en el mismo soportal separados por apenas medio metro. Sin embargo, a pesar de esta cotidianidad, actuaban de forma aislada. A la hora de ir al comedor o cuando se iban a dormir al soportal compartido nunca lo hacían juntos, siempre tomaban caminos distintos y con una pequeña diferencia horaria.

Raramente mantenían una conversación, lo que llamaba la atención ya que el sevillano, de mayor edad, era especialmente hablador y mantenía frecuentes conversaciones con la gente que se acercaba por allí. Unas conversaciones caracterizadas por no sobrepasar el límite de lo ocasional, de lo social, sobre todo cuando se daba con otros varones adultos. Sin embargo, esto no ocurría con el otro ocupante, al que no podemos llamar compañero. Ambos compartían el territorio y los recursos, pero parecían incapacitados para desarrollar una relación que fuese más allá. Ni eran ni querían, al menos aparentemente, formar un equipo; se mantenían en un aislamiento acompañado. No podemos decir con exactitud cuándo empezaron a compartir los espacios, según la información de la compañera de la Fundación RAIS (Red de Apoyo a la Integración Socio-laboral) ya lo venían haciendo en los últimos meses, por lo que no parece muy plausible que la razón de este comportamiento

cluidas es casi permanente durante las horas previas a la apertura del comedor que las Hermanas de la Caridad tienen muy cerca. En este lugar la toma del espacio por *los integrados* está relacionada con el mercado. Su uso comercial y recreativo por la tarde y por la noche, cuando se instalan en ella los veladores, provoca por parte de los sectores excluidos, una sensación de “reconquista” y pérdida diaria del espacio en función de la franja horaria.

fuera que no se conociesen suficientemente, ni tampoco parecía que hubiese ningún problema entre ellos.

Esta forma de relación individualizada, definida por la dificultad para sobrepasar ciertos límites en sus interacciones y en la negación del sentimiento, es una constante entre sujetos varones. Elementos propios del universo impuesto por un modelo de masculinidad, que marca tanto las relaciones sociales como las interacciones personales, sobre todo entre el grupo de iguales⁶. Para Gil Calvo (1977) en los hombres, las relaciones de intimidad pueden suponer un peligro, ya que exponen las debilidades al grupo de iguales, lo que supondría reconocer no ser lo suficientemente poderosos, no ser lo suficientemente “hombres”. Pero conviene que profundicemos más sobre la significación de la calle para estos hombres que por razones diversas han quedado sin hogar, esto lo haremos a través de la historia del que llamaremos SH.

4. UN “HOMBRE DE VERDAD”

SH, con el que conversamos cuando se encontraba en una situación extrema de abandono, reflejaba en su rostro un destino trágico que otros muchos hombres han seguido y posiblemente seguirán. Murió sin haber comprendido las razones que le llevaron al desarraigo y a una tremenda soledad⁷. Su historia es la de muchos de los hombres

⁶ Algo que ya nos encontramos en otros espacios de nuestro trabajo de campo, como en la Plaza de San Pedro, donde coincidían habitualmente bastantes personas para pasar la noche. La relación que se daba entre ellos cambiaba sustancialmente si había presencia femenina o no. La presencia de una mujer generaba interacciones, prestamos, conversaciones grupales, ciertas muestras de apoyo entre quienes dormían en la plaza, que no se daban cuando solo era usada por varones. En los momentos con presencia exclusivamente masculina nos encontramos con un “archipiélago” de islas que compartían el espacio, pero no mantenían ningún, o muy escasos, contactos, parecían desconocidos que habían coincidido por primera vez.

⁷ Nuestro informante falleció poco tiempo después de finalizar nuestro trabajo de campo. Nos lo comunicó una Trabajadora Social de la Fundación RAIS y amiga, como algo normal, casi esperado, pero que deja un regusto amargo difícilmente

que ocupan aceras y bancos públicos. Durante el tiempo que se realizó la investigación vivía en Sevilla, entre San Julián, San Hermenegildo y San Luis, aunque era San Hermenegildo su lugar de estancia más habitual. Decía tener 54 años, pero por el alto grado de deterioro físico que presentaba aparentaba diez o quince años más. Sobrevivía con lo que ganaba diariamente aparcando coches por la zona.

El protagonista de esta historia era, en palabras de Felipe García y Antonio Melo, “Un vagabundo de los que se conoce a simple vista, con la cara oscura, con barbas y pelo greñoso, con un atuendo anacrónico y desajustado, que da vueltas y vueltas en torno a una manzana” (García, Melo, 2010: 182). El descuido personal se evidenciaba en su suciedad y en ese olor característico que solo se alcanza después de estar mucho tiempo en la calle. Era habitual encontrarlo caminando de un lado a otro, sin un destino aparente, como un animal enjaulado, y es que la calle a veces puede “dejar de ser un lugar abierto y de encuentro y convertirse en una cárcel al aire libre” (García, Melo, 2010: 182).

SH es un buen ejemplo de las personas anónimas sin historia, ya que han dejado de tener futuro, pero también pasado y presente. Unas personas con las que cotidianamente nos cruzamos y que siempre relacionamos con lo extraño, con lo ajeno, representando la otredad por excelencia. Su presencia incomoda, produce malestar, incluso un cierto miedo. Sin ninguna empatía les negamos la posibilidad de haber tenido una vida “normal” pues esto los acercaría demasiado a nosotros mismos. Nos protegemos desde el extrañamiento, alejando de nuestra cotidianeidad las razones que los llevaron a la calle. La situación de marginalidad de estos hombres es, pensamos, una responsabilidad meramente individual, no son, en definitiva “como nosotros”.

SH nunca quiso recibir ningún tipo de ayuda, algo habitual entre los hombres que viven en la calle, en los que se mezcla un “no querer” con

explicable. Sirva este documento escrito como un pequeño homenaje a alguien que no será recordado y que en el fondo no es sino una víctima, aunque también él provocase mucho daño, de un sistema de relaciones de género injusto que le condenó, a él y probablemente a su familia, a una situación de sufrimiento, dolor y completo desamparo.

la imposibilidad real de acceso a los recursos sociales disponibles⁸. La única vez que pidió ayuda expresamente, fue cuando hubo que trasladarle directamente por el Servicio de Emergencias Social a Urgencias del Hospital, donde fallecería a los pocos días.

Esta historia nos ayuda a entender las posibles consecuencias y resultados de la puesta en acción de la masculinidad dominante. Es la constatación empírica de que cuando se dice que la masculinidad mata no se refiere exclusivamente a que provoque muertes a otras u otros. El corporizar el modelo hegemónico de hombre, también puede conducir a la muerte a quien cree gozar de sus ventajas y privilegios.

En el caso de SH asistimos a la conjunción de tres factores que le abocan a la calle: la pérdida del empleo, la separación y el consumo de alcohol. Estos hechos unidos a la incapacidad para tejer redes de apoyo social y emocional le llevaron a la expulsión de la sociedad y en último término a la muerte. Contrariamente a lo que se pueda pensar, la vida de SH no es excepcional, trayectorias paralelas como la que aquí narramos son frecuentes entre varones.

Si en otros sujetos en situación de sin-hogarismo hemos visto situaciones liminares, pérdidas parciales del estatus, con SH nos encontramos con la exclusión total. Sin embargo, a pesar de su situación general de deterioro personal y social, seguía activando los elementos propios de la masculinidad, al ser los únicos que le permitían mostrarse ante nosotros como ciudadano con agencia. En las conversaciones que mantuvimos siempre enfatizaba aquellos aspectos que demostraban

⁸ La imposibilidad de acceso a recursos sociales, al no disponer de un domicilio, es más frecuente de lo que se piensa. Este fue el caso de SC al que conocimos viviendo bajo el árbol que preside la plaza de San Leandro. Cuando coincidimos con él estaba recuperándose de una operación importante. Le dieron el alta, y aunque tiene concedidas ayudas y prestaciones por la Ley de Dependencia, sin embargo, no se le pueden aplicar al no tener domicilio fijo. Esto le impidió acceder a la Ayuda a Domicilio y como no existen plazas residenciales para una persona de sus características, tuvo que quedarse en la plaza. Un vecino de la zona le trae comida y suele estar con él un rato. El vecino vive solo y nos comenta que la Trabajadora Social le planteó llevarse a su casa, a lo que respondió que era demasiada responsabilidad para él "era un marrón del que él no podía hacerse cargo".

su capacidad de control, lo trabajador que era y cómo siempre había cumplido con lo que se le exigía. Su situación era por tanto resultado de sucesos considerados ajenos a su acción.

Nuestro informante, aunque se había desplazado por otros pueblos de la geografía andaluza, era originario y vivía en Sevilla, al igual que su mujer y sus dos hijas, que residían en un barrio situado en el norte de la ciudad. Un dato que no coincide con la idea habitual y más fácil de asumir, de que la exclusión se produce exclusivamente en el caso de los extranjeros y/o inmigrantes que han llegado a esta situación al perder el arraigo social del que disponían. En este caso, a pesar de vivir no solo en la misma ciudad sino también en distritos colindantes, no mantenía ningún tipo de contacto con su familia desde hacía aproximadamente cinco años, el tiempo que decía estar viviendo en la calle⁹. En cuanto a sus vínculos con otros miembros de su familia de origen (tenía dos hermanos que vivían en pueblos próximos y con los que no parecía mantener relación), solo la figura de su padre aparecía como un referente familiar positivo.

Consideraba que la razón por la que se encontraba en esa situación se produjo cuando su suegra se fue a vivir cerca de su casa y empezó a malmeter, poniendo a su mujer y a sus hijas en su contra, ya que antes no había tenido problemas.

"Hombre, alguna tajailla me pillaba, pero vamos, lo normal...Hasta que no se metió por medio mi suegra la cosa iba bien..."

Esa era la única explicación que podía darnos sobre su situación, en los momentos en los que el consumo de alcohol no había sido todavía suficientemente alto, y que todavía se podía mantener una conversación mínimamente coherente. Cuando había consumido ya mucho alcohol, simplemente se hacía el gracioso, nos contaba lo bien que se sentía y que era una persona muy independiente. Una actitud que usaba de estrate-

⁹ Contestar con que son unos cinco años los que lleva viviendo en la calle, ha sido algo habitual entre quienes nos hemos ido encontrando en esta situación, por lo que puede ser una cifra más o menos aleatoria con la que pretenden señalar que llevan mucho tiempo, pero no toda la vida, que hubo un tiempo anterior en el que estaban instaurados en la "normalidad".

gia de escape también en otras circunstancias, como cuando quería dar por finalizado el encuentro o cuando se tocaba algún tema del que no quería hablar. Entonces salía su vena humorística y su reivindicación de ser un “espíritu libre”.

Aunque nunca lo verbalizó, pensaba que había existido una especie de complot contra él, por parte de las mujeres de su familia, encabezado por su suegra. Una trama que lo había ido apartando de un mundo que era el suyo, y eso que:

“siempre había cumplido”, “en su casa nunca había faltado de nada y para eso había trabajado mucho y bien”.

No entendía lo que había pasado, dónde estaba el problema, insistiendo en que siempre se había comportado correctamente, tal y como debe hacerlo un hombre:

“...yo he sido una persona muy trabajadora, en mi casa nunca ha faltado de nada, cumplía con todas mis obligaciones, alguna vez me tomaba unas copas, pero lo normal...”.

Y por la expresión de su cara parecía cierto que no encontraba otra posible explicación.

Lo más habitual era verlo por San Hermenegildo, frente a la gasolinera situada en la Ronda de Capuchinos, lugar en el que solía dormir. Durante el día sacaba algún dinero aparcando coches, que utilizaba para comprar cervezas de litro y paquetes de vino. La comida la solucionaba en los bares de la zona

“me tomo unas tapas por aquí... No, yo no entro en los bares, pero le pido a alguien que me las saque y ya está. Así no tengo que aguantar las colas del comedor, que es que allí se pone mucha gente y hay de todo, es como en el albergue. Yo ya ni paso por allí, lo único que consigues es meterte en líos...”.

En alguna ocasión también se acercaba a Santa Isabel, donde se pueden recoger bocadillos de 10 a 11 de la mañana. No lo hacía habitualmente, ya que casi nunca era capaz de cumplir con unos horarios que

“son mu rígidos... y yo a veces me levanto o no... Si es que quieren que hasta el hambre me venga cuando a ellas les da la gana”.

SH no era el único “sin hogar” de la zona, también la utilizaban de forma temporal otros hombres más jóvenes. Al ser un lugar muy transitado permitía que varias personas pudieran conseguir dinero aparcando coches, por lo que no solía haber conflictos, aunque la relación entre ellos era escasa, por no decir nula.

Nuestras conversaciones se producían cuando no había nadie, solo en una ocasión el encuentro se realizó ante la presencia de otro hombre, de similares características a la suyas. SH mantuvo hacia ese hombre una actitud de competencia hostil y cierto desdén, no dejándole en ningún momento participar en la conversación. Según nos comentó SH, este hombre dormía alguna vez también por la zona, pero ni estaba de manera permanente, ni formaban grupo. SH nos lo describía como un alcohólico en una situación deplorable. Una situación que consideraba muy diferente a la suya.

“hombre yo no soy como ese que es un alcohólico, bueno yo soy borracho, jejeje”.

En la práctica no eran diferenciables, ya que ambos mostraban un deterioro físico y cognitivo considerables. Los dos habían perdido las más básicas pautas de limpieza e higiene, pero SH distinguía claramente entre las causas que habían llevado a uno u otro a la calle. Las razones de su exclusión eran ajenas a su comportamiento, las razones de la exclusión del otro se debían a su alcoholismo y dejadez.

“yo prefiero andar solo, no ves la pinta de éste, que es un borracho y un guarro... La calle es mu dura, pero es que la gente es mu dejá... Yo a mi aire, así no tengo que juntarme con gente como ésta”.

Los encuentros con SH se producían habitualmente los jueves entre las 10 y las 11 de la mañana. Era ese día cuando las profesionales de la fundación RAIS hacían el recorrido por las plazas de la zona para conectar con las personas sin hogar. Cuando llegábamos, solía estar sentado en el bordillo de la acera, esperando con un litro de cerveza en la mano la llegada de algún coche. Solo en una ocasión nos lo encontramos todavía dormido en un portal.

Durante los diversos encuentros la conversación fue siempre fluida, exceptuando el día en el que nos preguntó la razón de nuestra presencia.

Cuando le dijimos que éramos trabajadoras sociales¹⁰, que conocíamos a la gente del CECOP¹¹ Social y que realizábamos una actividad organizada por la Fundación RAIS, su actitud hacia nosotras cambió sustancialmente. Dejó de estar a nuestro lado en el bordillo, para levantarse y situarse frente a nosotros.

“No, si yo lo que quiero es un trabajo y una casa, yo no soy de esos que viven del cuento, a mí sí me dan un trabajo y un sitio donde vivir, ya es suficiente... Yo estoy hartado de la gente que viene por aquí para preguntar, pero que no te dan lo que te hace falta de verdad: un trabajito y un sitio donde meterme”.

A partir de ese momento cambió su comportamiento con nosotros. Empezó con bromas, a cantar y a decirnos que le gustaba especialmente “la fiesta”, y que él se lo había pasado muy bien. Su actitud pasó a ser defensiva, haciendo imposible toda conversación por lo que solo quedó despedirnos. Debía demostrarnos, demostrarse, que no necesitaba ningún tipo de ayuda¹². Esta imposibilidad de mostrar su vulnerabilidad

¹⁰ Usamos el femenino plural no solo por la mayoría aplastante de mujeres que ejercen la profesión, sino porque demasiadas veces cuando se pretende la profesionalización y la consecuente ocupación de espacios públicos se masculinizan los términos, intentando de esta forma, no solo representar al colectivo en su conjunto, sino también dar fe de su competencia social, de tal forma que de manera implícita y simbólica, aceptamos y damos por buenos la división de espacios que en función del género se hace en nuestra sociedad.

¹¹ Hoy denominado como Servicio de atención social inmediata en emergencias Sociales y Servicio de atención inmediata de calle, dependiente de los Servicios Sociales del Ayuntamiento de Sevilla cuya finalidad es la atención social inmediata en emergencias sociales que comprenden un conjunto de actuaciones destinadas a atender in situ situaciones de emergencia social que se produzcan en la ciudad de forma inmediata a la recepción de la demanda. La emergencia social es una situación sobrevenida que provoca un riesgo de vulnerabilidad o desprotección social que afecta a la cobertura de las necesidades básicas de una persona o grupo de personas y que modifica cualitativamente su contexto personal y social. Se excluyen cualquier atención de índole sanitaria o policial, para las cuales se requerirá la atención de los organismos y servicios correspondientes.

¹² Hay que tener en cuenta que en la mayoría de los casos estas “relaciones de ayuda” están marcadas por el binomio Protección-Control propio de los procesos de intervención social. Aceptarla, por lo tanto, supone acatar implícitamente la pérdida de una parte de la autonomía del sujeto y aunque esto se intentaba evitar desde RAIS a través de su propuesta de intervención basada en el acompañamiento, no era

y de negar la posibilidad de apoyo se evidenció de nuevo el día que nos comentó que estaba buscando trabajo por su cuenta. Para demostrar que no mentía, buscó en su cartera la tarjeta del Servicio Andaluz de Empleo, dándose cuenta, en ese momento, que había pasado el día de sellado. Al ser consciente del problema se justifica diciendo que era muy difícil saber qué día es cuando estás en la calle. Ante esta situación le proponemos la posibilidad de recordárselo en su próxima renovación, a lo que se niega en rotundo, ya que ha sido un despiste ocasional que no tenía por qué volver a producirse.

Mantener la ficción de su autosuficiencia era algo vital para SH, como lo era demostrar su aptitud para el trabajo a la hora de reforzar su dignidad y mostrarse en una situación de igualdad frente a nosotras. En otra ocasión, la compañera de RAIS al plantearle la dificultad para mantenerse limpio en la calle, le ofrece la posibilidad de ir a ducharse al comedor social o al centro de baja exigencia del Ayuntamiento de Sevilla. Su reacción fue inmediata. Rápidamente nos indica que ya lo conocía y que era perfectamente capaz de solucionar sus problemas sin recurrir a la ayuda de nadie.

“Esos (profesionales que trabajaban en esos recursos) eran igual que los de la furgoneta¹³, te ayudan con lo del D.N.I. pero luego no resuelven nada. En esos sitios (albergue, comedor...) al final se encuentran más problemas que soluciones”.

Ante la tensión generada, aceptamos sus argumentos y le ofrecemos la alternativa de informarle de cualquier recurso nuevo que pudiera existir, lo que hace que se relaje y se siente de nuevo a nuestro lado aceptando el ofrecimiento.

En las conversaciones, el tema del trabajo y el empleo eran temas recurrentes. A partir de un:

fácil de percibir por parte de quienes estaban acostumbrados a un tipo de relación con los servicios sociales marcadas por el modelo más tradicional de intervención social que establece una relación bipolar jerarquizada entre quien interviene y la persona intervenida. (Blanco, 2006).

¹³ Recurso móvil para Emergencias Sociales dentro del Servicio de Atención Social Inmediata en Emergencias Sociales y Servicio de Atención Inmediata de Calle del Ayuntamiento de Sevilla.

“Yo he trabajado mucho”.

La centralidad discursiva del trabajo se evidenciaba en un cuerpo que se erguía al recordar el tiempo que era empleado de Telefónica.

“Yo he cableado toa la sierra de Huelva, eso era vida, me subía al tronco con un compañero y venga a tirar cables”.

Decía mientras enfatizaba sus palabras moviendo cabeza y manos. Su trabajo, aunque lo definía como duro, no era simple y necesitaba de una gran capacidad técnica y manual.

“Y no era fácil ni mucho menos”.

SH no se consideraba un operario cualquiera. Había sabido siempre resolver todos los problemas que se le habían planteado; aquellos que no podían resolver ni siquiera los ingenieros de la compañía.

En esos momentos parecía otra persona, se sentía importante, creciendo en seguridad, pero también físicamente. Era el tiempo en el que se consideraba un hombre de verdad, situado en el grupo de los capaces, de los autónomos, de los que no necesitaban ayuda. Al mostrarnos sus capacidades, reafirmaba una masculinidad que le retrotraía al mundo de la ciudadanía. Él había sabido desempeñar el papel para el que estaba destinado: ser trabajador. Pero no solo había sabido trabajar, también supo divertirse. Hacer su trabajo bien y rápido le había permitido relajarse y tirarse de vez en cuando una fiestecita o irse a comer o a beber a algún local de la sierra. Algo que se merecía

“por haber cumplido con su deber, algo sin importancia que no interfería con su trabajo”.

Lo normal, según él, para cualquier trabajador que necesita un poco de relajación después de una larga jornada. El trabajo se convierte discursivamente, de esta forma, no sólo en el referente central de su identidad, sino también en el hecho del que devienen sus derechos en cuanto hombre.

La importancia del trabajo y especialmente del trabajo bien hecho la aprendió SH de su padre

“todo gracias a mi padre, que, aunque era duro ahora comprendo que lo hacía por mi bien y le estoy muy agradecido”.

Había asimilado que “la mano dura” de su padre fue fundamental y así aprendió lo que sabe, también lo fue su apoyo cuando quiso dedicarse al motociclismo profesional.

“era muy bueno”.

Según él había llegado a competir en algunas carreras, aunque comentaba con cierta nostalgia y resignación.

“... pero al final no pudo ser, aunque con el taller aprendió un oficio”.

Al padre lo definía como un hombre callado, duro y muy trabajador, que había sido capaz de sacar adelante a toda su familia con mucho esfuerzo. En definitiva, una perfecta definición de los valores de la masculinidad hegemónica, en la que se unen la sobriedad, la dureza y la capacidad de trabajar para proveer. En el retrato sobre su padre también estaban presentes la independencia y la autosuficiencia, ya que sin ayuda de nadie había conseguido montar un taller de motocicletas.

Para SH la imagen prototípica del padre mostraba cómo deber ser y comportarse el hombre. Cuáles eran sus obligaciones, pero también cuáles eran sus derechos. Su padre representaba la imagen del éxito, el referente al que había imitado, aunque en su caso seguir este modelo no le llevaría al éxito social. Su situación de fracaso total no es estadísticamente la más usual. Normalmente los “fracasos” suelen ser parciales, enfocados hacia aspectos personales, en el ámbito de la afectividad, de las relaciones interpersonales. Ahora bien, lo que sí es habitual es que estos hombres no encuentren las razones que generaron el problema, ni las causas de tanto dolor generado a las personas con las que han vivido, pero también a ellos mismos.

5. CONCLUSIONES: SOBRE RIESGOS, INVISIBILIDAD Y VULNERABILIDAD

Una de las grandes críticas al pensamiento de la modernidad ha sido su capacidad para ocultar, a través de las categorías identitarias, a las personas concretas. La uniformización identitaria difumina, en la prác-

tica, la diversidad, en aras del bienestar y la necesidad de pertenencia y resistencia de los diferentes colectivos. Una parte de los feminismos, en cuanto que deudores de esta misma filosofía, reivindicarán una “identidad” propia de la mujer que esconde, en mayor o menor medida, las diferencias existentes entre las propias mujeres (Uria, 2009). La denuncia de esta invisibilización de la mujer, en tanto que “sujeto”, ha sido y sigue siendo, un tema fundamental de reivindicación y discusión, dentro de los estudios de género y de la mujer. Sin embargo, la invisibilidad de los varones, en tanto que sujetos diversos genericamente contruidos, ha sido menos habitual como objeto de estudio, y menos aún como un elemento a incorporar en los procesos de Intervención Social. Al contrario, la imagen dominante es la de una identidad masculina sin fisuras, hegemónica, que oculta e ignora la diversidad de experiencias vitales que encierra esa categoría. Nos encontramos entonces con una paradoja provocada por haber sido el modelo referencial, la norma, que ha hecho a los varones, curiosamente, invisibles¹⁴ en el sentido que plantea Sally Robinson “Whereas the former are invisible in the sense of being underrepresented, the later are invisible behind a mask of universality” (Robinson, 2000 en Armengol, 2006). A pesar de que el colectivo de personas sin hogar está conformado mayoritariamente por hombres, “la masculinidad” no parece una categoría necesaria cuando se interviene con unos grupos que, en cuanto representan la “normalidad”, siguen siendo invisibles.

Visibilizar esta categoría nos lleva a decir, por tanto, que también son “víctimas” ya que “El modelo dominante de masculinidad ha sido claramente pernicioso para las mujeres, pero también lo ha sido para

¹⁴ Invisibilidad no comparable a la que han sufrido las mujeres históricamente y que, gracias a las denuncias, reivindicaciones e investigaciones de los feminismos, han ido sacando a la luz de la historia y la ciencia a las mujeres, más allá de los espacios doméstico y familiar a los que estaba condenada. Denunciado la visión sexista que reconocía como valioso sólo lo aportado por el hombre, o mejor de lo que el hombre se apropiaba (Guasch, 2006), de tal forma que lo prestigioso era lo que se medía desde los parámetros del modelo de masculinidad hegemónica. Al tiempo que se construían barreras, más o menos, visibles que impedían incluir en la construcción del conocimiento, y en el ascenso en la vida pública, la experiencia femenina (Flecha, 2010).

los hombres. Los hombres han ocupado la cúspide del poder político y social, pero bajo esa perspectiva se ocultan las víctimas de la masculinidad dominante entre los propios varones.” (Valcuende, 2004: 28) Víctimas que se generan al poner en acción las prácticas y valores que prometían la pertenencia al grupo con capacidad para nombrar y señalar a los “otros sociales”. En palabras de Celia Amorós (1990), el “varón paradigmático inexistente” se traduce en la falta de consciencia entre los hombres de ser sujetos histórica y genéricamente contruidos, por lo que las características que los definen no se analizan como tales, excluyéndose así los riesgos que implica para los propios hombres el haber sido considerados como “lo normal”.

En la práctica, podemos afirmar que ni en el ámbito académico, ni en el de la Intervención Social, el grupo hombres “existe”, como sujeto social, en cuanto que representa “el todo”, el vértice de la pirámide social a partir del cual se construye la exclusión. Lo masculino generizado no está contruido y no es percibido, ni se percibe, como perteneciente a una categoría socialmente relevante, ni siquiera en las situaciones de exclusión en las que los hombres son numéricamente mayoritarios. No es casual que quienes intervienen en procesos de exclusión utilicen habitualmente en los ámbitos masculinizados, la categoría “personas”, mientras que en los contextos feminizados se habla habitualmente de “mujeres”. Curiosamente el uso de un lenguaje supuestamente inclusivo, en este caso, contribuye a invisibilizar lo “masculino”, reafirmando su invisibilidad.

A nivel estructural Pierre Bourdieu ya planteaba que las estructuras de dominación masculina deben ser visibilizadas, para enmarcar en ellas las prácticas de los propios hombres, así como de las mujeres, como elemento imprescindible para la consecución de una sociedad de iguales “Desvelar los efectos que la dominación masculina ejerce sobre los hábitos masculinos, no es, como algunos podrían creer, intentar disculpar a los hombres. Es explicar que el esfuerzo para liberar a las mujeres de la dominación, o sea, de las estructuras objetivas y asimiladas que les imponen, no puede avanzar sin un esfuerzo por liberar a los hombres de esas mismas estructuras que hacen que ellos contribuyan a imponerlas” (Bourdieu, 2000: 138). Una dominación que tiene efectos perversos, normalmente ignorados, no sólo sobre las dominadas, también entre los

dominantes, “la estructura impone coerciones a los dos términos de la relación de dominación, y por consiguiente a los propios dominadores, que pueden beneficiarse de ella sin dejar de ser, de acuerdo con la frase de Marx, «dominados por su dominación»” (Bourdieu, 2000: 89).

SH y su proceso de exclusión y marginación, se explican por diversos motivos, pero uno de ellos tiene que ver más con su pertenencia a una categoría, histórica y genéricamente construida que con sus prácticas individuales. Unas prácticas que le han llevado a la exclusión y marginación social. Si el siempre hizo lo que “tenía que hacer” ¿Dónde está el fallo? Si lo miramos desde la perspectiva de género probablemente encontremos la explicación.

Aparecen usualmente, de este modo, intrínsecamente unidos los elementos y prácticas que reafirman mi identidad como individuo, y que me permiten formar parte de la “comunidad ideal”, y aquellos que me pueden alejar o expulsar de ella. Si en la mayoría de los casos los valores, en general, no serían meramente acumulativos, los adscritos a la categoría de masculinidad —autosuficiencia, independencia, provisión, asunción de riesgos etc.— son, en realidad, parte de un proyecto condenado al fracaso (Kimmel, 2001).

La masculinidad dominante genera personas incapacitadas para un desarrollo pleno de sus capacidades emocionales y afectivas. Sería lo que podríamos llamar, recreando una cierta terminología característica de la intervención social (Blanco et al., 2010) “la masculinidad como factor excluyente o de riesgo” en el primer caso, y en el segundo la existencia de “incapacitados afectivos”.

En conclusión, creemos que, de forma implícita, y en algunos casos explícitamente, en nuestra sociedad contemporánea se sigue considerando que el modelo “normal” es ser, parecer, y comportarse como un varón adulto que detenta los valores de la masculinidad hegemónica. Lo que le sitúa, al menos teóricamente de forma automática, en el ámbito del Poder, aunque paradójicamente, en la práctica, sea ésta una situación real de la que disfrutan muy pocos hombres. Cuando se comprueba que esto no se cumple, como suele ocurrir, las razones se buscan en factores ajenos al sujeto como parte del colectivo “hombres”. El problema deja de ser social para convertirse en individual, deja de ser una cuestión sociológica para transformarse en un problema psicológico, cuando

no moral. Es el mal hombre el que acaba en la calle o el que pega a las mujeres. La causa de muchos de estos problemas (la masculinidad) se convierte discursivamente en la “solución”, incluso desde algunos discursos críticos.

Consideramos fundamental incorporar la perspectiva de género a la hora de trabajar con los hombres, tanto en el ámbito de la exclusión social como en el de la prevención y de la incorporación social. Esto implica estar atentos a la diversidad de situaciones que se esconden bajo las categorías de identificación, pero también cuestionar el carácter binario de las categorías de género. Para ello debemos visibilizar a los hombres excluidos, en esta doble vertiente: “hombres” y “excluidos”. Esta visibilización cuestiona, en primer lugar, la categoría de masculinidad como factor de éxito, y en segundo unas formas de intervención que habitualmente se ponen en acción para las personas y situaciones “anormativas”. La visibilización de los hombres excluidos nos lleva a una pregunta con la que terminamos este texto ¿Se puede poner “lo normativo” en el ámbito prioritario de la intervención? Responder esta pregunta podría cuestionar no sólo la normatividad, incluida la masculinidad, sino también la significación de los procesos de intervención. Tal vez ambos, como están actualmente planteados, no sólo se necesitan, sino que, además se retroalimentan peligrosamente.

Bibliografía

- Amorós, Celia (1990) *Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales*. En Maqueria y Sánchez (Comp.) *Violencia y sociedad patriarcal*. Madrid. Editorial Pablo Iglesias.
- Armengol, José María (2006) *Gendering Men: Theorizing Masculinities in American Culture and Literature*, disponible en www.tesisenxarxa.net/TDX-0112107-105920/#documents
- Augé, Marc (1993). *Los no lugares: espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Blanco, Juan (2012) *Hombres. La masculinidad como factor de riesgo. Una etnografía de la invisibilidad*. Tesis Doctoral. Sevilla. No publicada.
- Blanco, Juan. et al. (Editores) (2010) *Paradojas y Geometrías en los Procesos de Intervención Social*. Sevilla Aconcagua.
- Blanco, Juan (2006) La construcción social del sujeto de intervención. Los modelos implícitos en los procesos de intervención social” En *Acciones e intervenciones sociales* Nº 22.
- Bauman, Zygmunt (2010) *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona. Tusquets Editores.

- Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina*. Barcelona. Anagrama.
- Del Río, Ángel y Valcuende, José María (2007) "Historias de vida y microbiografías. Una aproximación metodológica" En Acosta, G. Del Río, A. Valcuende. J.M. *La recuperación de la memoria histórica. Una perspectiva transversal desde las Ciencias Sociales*.
- Flecha, Consuelo (2010) Los estudios de las mujeres. En Amador, L. Monreal, MC. (Coords.) *Intervención Social y Género*. Madrid. Narcea de Ediciones.
- García, Felipe y Melo, Antonio. (2010) "Vida en la calle: Paralelas, tangentes e intersecciones" En Blanco, J. et al. (Editores) *Paradojas y Geometrías en los Procesos de Intervención Social*. Sevilla. Aconcagua.
- Gil Calvo, Enrique (1997) *El nuevo sexo débil: los dilemas del varón posmoderno*. Madrid. Temas de hoy.
- Guasch, Oscar (2006). *Héroes, científicos, heterosexuales y gays. Los varones en la perspectiva de género*. Barcelona. Edicions Bellaterra.
- INE (2012) Encuesta sobre las personas sin hogar. Madrid. INE.
- Kimmel, Michael (2001) Masculinidades globales: restauración y resistencia. En Sánchez Palencia, C. Hidalgo, J. C. (Editores) (2001) *Masculino plural. Construcciones de la masculinidad*. Lleida. Universidad de Lleida.
- Mosse, G. L. (2000). *La imagen del hombre. La creación de la masculinidad moderna*. Madrid. Editorial Talasa
- Pescador, Enric (2004) "Masculinidades y adolescencia" En Lomas, C. (Comp.) *Los chicos también lloran: identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona. Paidós Educación.
- Pujadas, Juan José. (2002) *El método biográfico. El uso de las historias de vida en las Ciencias Sociales*. Madrid. Centro de Investigaciones Científicas.
- Sabuco, A y Valcuende, J.M^a (2003). La "homosexualidad" como imagen hiperbólica de la masculinidad. En Valcuende y Blanco (coord.). *La construcción cultural de las masculinidades*. Editorial Talasa. Madrid, pp. 135-155.
- Sinay, S. (2006). *La masculinidad tóxica: un paradigma que enferma a la sociedad y amenaza a las personas*. Argentina Ediciones B.
- Uria, Paloma. (2009) *El feminismo que no llegó al poder. Trayectoria de un feminismo crítico*. Madrid. Editorial Talasa.
- Valcuende, José María. (2004) Cuerpos, géneros y sexualidades: prácticas y representaciones sociales. En *Revista de Crítica Jurídica*. Nº 23, pp:149-174
- Valcuende, José María y Blanco, Juan (coord.) (2003) *La construcción cultural de las masculinidades*. Editorial Talasa, Madrid.
- Valcuende, José María y Blanco, Juan (2015). Hombres y masculinidad ¿un cambio de modelo? *Revista Maskana*. Vol 6-1, pp: 1-17.
- Valcuende, José María y Vasquez, Piedad. (2016) Orden corporal y representaciones raciales, de clase y género en la ciudad de Cuenca (Ecuador). En *Chungará (Arica)*, 2016, vol. 48, no 2, p. 307-317.
- Velasco, Honorio y Díaz, Ángel. (2009) *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de escuela*. Madrid. Colección Estructura y Procesos. Seria Antropología. Editorial Trotta.

CAPÍTULO 12

¿Y ahora qué hacemos? La crisis de la masculinidad ante la reinención de la familia

JORGE CASCALES RIBERA¹

1. INTRODUCCIÓN

La sociedad está cambiando y, aunque parece que esté nombrando cierta evidencia, cabe anotar que estamos viviendo uno de los cambios más trascendentales de las sociedades occidentales.

Este relato empieza con una voz masculina, la voz mañanera de un varón tras una taza de café, al cual tras la pregunta —¿cómo llevas el trabajo?— responde con cierta ironía "...a mí no me gusta trabajar. Tampoco sé si quiero que trabaje ella... y eso de ser amo de casa me parece un poco raro"². El mismo varón, unos meses antes habíamos

¹ Profesor asociado en la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Valencia (España). Educador Social. Máster en Bienestar Social. Máster de Género y Políticas de Igualdad.

² A lo largo del texto se van a explicitar diferentes vivencias recogidas desde el trabajo etnográfico que se está llevando a cabo para el desarrollo de la tesis doctoral del propio autor.

El marco metodológico utilizado para la recogida de la información forma parte de las anotaciones realizadas sobre el diario de campo, las cuales han sido recabadas a partir de dos grandes marcos de análisis: (1) las vivencias de los hombres frente a los tiempos actuales; y (2) el trabajo etnográfico del propio autor en convivencia con profesionales que trabajan y familias que transitan por los servicios sociales. Por consiguiente, el planteamiento metodológico utilizado nos da paso a dos grandes espacios contextuales: por una parte, a partir de derivas por la ciudad de Valencia y alrededores, encontramos un acercamiento de la masculinidad actual a espacios cotidianos. Espacios como puede ser el bar, la barbería, el supermercado, parques, espacios de ocio, espacios deportivos u otras realidades; por otra par-